

de Medicina se puso en contacto con las principales Sociedades de Europa y América: que á él solo se le debe la ereccion y conservacion de la Sociedad Filoiátrica, plantel de jóvenes estudiantes que ha producido ya sazonados frutos, y que se presenta como un faro luminoso en la carrera médica de la juventud: que casi todas las Sociedades científicas le abrieron las puertas admitiéndolo como su socio, y que en algunas ha obtenido el honor de la reeleccion en el cargo de Presidente.

No emprenderémos formar su biografía: la Academia nombrará la comision que dibuje minuciosamente los hermosos rasgos de su vida pública, presentándolo á la posteridad como un modelo digno de imitarse. A nosotros solo nos toca poner una flor más sobre su tumba, y lamentar nuestra desgracia. Como hombre honrado y cristiano, disfruta en estos momentos el premio á sus virtudes en el mundo de las recompensas: como sabio, su nombre quedó definitivamente escrito con caracteres de oro en el templo de la fama; y la humilde losa que cubre para siempre sus restos venerandos, nos está dando una leccion, de que solo la virtud, el saber y la filantropía dejan inmortales recuerdos. Por eso se han hecho célebres aquellas hermosas palabras con que Pericles, moribundo, contestó á sus aduladores: «El solo mérito que me llena de orgullo en estos momentos, es el que nadie ha vestido luto por mi causa.» Nosotros pondriamos por único epitafio sobre la tumba de Jimenez: «Consagró su vida al estudio y al alivio de la humanidad; y educó una juventud inspirada de los mismos sentimientos, que despues de su muerte continuará su obra.»

La comision de publicaciones, que puede apreciar la pérdida que hemos sufrido, se limita á quemar este grano de incienso, segura de que su aroma es tan puro, como es noble y sincero el sentimiento que lo produce.—LA COMISION DE PUBLICACIONES.



#### POR LA ASOCIACION SEMINARISTA.

**E**L hombre, criatura de Dios, hecho á imágen y semejanza de su autor: el hombre, la obra más perfecta de la creacion, y cuyo destino es altísimo y el más noble y grandioso entre los de todos los seres creados, como que tiene por principio á Dios y por fin y recompensa al mismo

Dios: el hombre, cualquiera que sea su condicion social, sean cuales fueren las cualidades y virtudes físicas y morales que lo adornen; el hombre. . . . está sujeto á una ley inmutable, y tan general para la humanidad entera, que ni Jesucristo, Hijo Unigénito del Eterno Padre, pudo, como tal hombre, escapar á ella.

*Morte morieris.* Todo hombre tiene que morir: todo cuanto nace muere.

¡Tristísima y desgarradora verdad, que hunde en la más profunda pena, en amargura inexplicable á la familia del que muere, que llena de afliccion á sus amigos, y que, si se trata de un hombre como el Dr. Lauro Jimenez, esparce el llanto, el duelo, la consternacion por todas partes!

Dícese que los hechos del hombre son el hombre mismo, porque ellos lo caracterizan: yo diré más, la conciencia es el hombre, porque sus inspiraciones lo dirigen, y obrando conforme á ellas, queda fiel y cumplidamente retratado.

¿Qué era, pues, Lauro Jimenez? Escuchad en compendio las noticias que de su interesante vida puedo ministraros.

Como estudiante seminarista, uno de los alumnos más aventajados de su época, obteniendo en cuantas cátedras cursara merecidos premios, digna recompensa de su empeñoso estudio y aprovechamiento.

Como alumno del colegio de Medicina, rivalizó con sus más aventajados condiscipulos, logrando por término el título de profesor en la noble y difícil ciencia de Esculapio y de Galeno.

Como médico, fué el infatigable luchador contra las enfermedades y la muerte, el constante benefactor y amigo de la humanidad doliente y desvalida.

Como amigo, fué sincero y leal con sus amigos.

Como hijo, fué el encanto, el orgullo de sus padres.

Como padre de familia, comprendiendo su nobilísima y santa mision en esa esfera, fué modelo de verdadero amor para sus hijos, de fidelidad y exquisita ternura para su amante, buena y hoy desolada esposa.

Como católico, como cristiano fiel, prefirió las penalidades, las escaseces, la miseria, tal vez, para él mismo y toda su familia, ántes que traicionar á su conciencia.

Dejó las cátedras que desempeñaba con general aplauso, y que le acarreaban honor y utilidad; y sin vacilar un solo instante, sin que lo espantara el porvenir que en lontananza aparecia negro y amenazador para una esposa adorada y siete idolatrados hijos, ántes que faltar á sus creencias de cristiano. . . . dócil á las inspiraciones de su conciencia, fiel á su Dios, dejólo todo, arrojó con las dificultades. . . . *No protestó.*

Como ciudadano, déjase entender lo que sería, teniendo las virtudes y prendas muy someramente referidas.

Miembro de varias asociaciones científicas, fué justamente estimado y querido en todas ellas.

En compendio, y en tan pobre y desaliñado discurso, ¿qué más puedo decir en justo y merecido elogio del Dr. Lauro Jimenez? Ni una palabra más.

Hombres como el Dr. Lauro Jimenez, ¿por qué desaparecen de entre sus semejantes? ¿Por qué la muerte, con su guadaña destructora, troncha el árbol de la vida de los seres benéficos, cuya apreciable sombra esparce el consuelo y bienestar á los viajeros fatigados? ¡Inescrutables juicios de Dios! ¡Inevitable y tristísimo destino de la descendencia de Adán. *Morte morieris*. Con diferencia de minutos, porque eso son los años en el espacio inmenso de la eternidad, todos tenemos que morir.

Pero la muerte para hombres como Lauro Jimenez, es el principio de la verdadera vida, es la ansiada puerta de una eternidad feliz.

¿Por qué, pues, tememos la muerte? ¿Por qué lamentamos la de nuestros amigos y parientes, la de los hombres que, como hacia Lauro Jimenez, derraman por todas partes el consuelo y el bien entre sus semejantes? ¿Por qué? ¡Ah! porque solo escuchamos los latidos del corazón apasionado, las quejas del alma dolorida, y no las convicciones de la fría razón, ni los discursos del entendimiento desnudo de ilusiones: porque vemos todo con los ojos de la carne, sin fijar, al sentir, nuestra mirada en el más allá feliz para que fuimos creados.

Realmente la muerte de un hombre de bien, la de un cristiano como el Dr. Lauro Jimenez, que creyó en Dios, que amó á Dios y colocó en Dios solo toda su esperanza, es el tránsito de esta vida precaria, miserable, llena de escollos y de espinas, á la mansion del descanso, del amor, de la vida verdadera, de la dicha y bienandanza.

Lauro! esto nos dice la razón. . . . mas al posar nuestros ojos en tus restos mortales. . . . el corazón se despedaza. . . . al decirte ¡adios! el alma sufre de una manera inconcebible. . . . al depositar por mi humilde conducto la Asociación Seminarista una pobre y modesta flor en tu sepulcro, lanza tristísimos gemidos de consternación y de amargura.

Lauro! ¡Adios! Duerme en paz.—DIE.

Abril 29 de 1875.

M. F. DE C.